



TRANSICIONES

VÍCTOR A. ESPINOZA

Internet

Esta historia se debe a mi amiga Juana Isabel; habla de la contribución de las nuevas tecnologías a las relaciones amorosas; por ello bien vale la pena compartirla. Se trata de las pequeñas grandes diferencias que hacen la vida menos difícil y contribuyen al optimismo en medio de las luchas cotidianas por la sobrevivencia.

Desde niña María Elena siempre fue tenaz; sabía lo que quería y luchaba por ello, de ahí que sea perfectamente consistente con los derroteros de sus decisiones amorosas. Su hermana la describe como una mujer inteligente, buena estudiante y con la plena convicción de sólo ligarse a un hombre como Armando. Armando Swift llegó a Tijuana en los años setenta para incorporarse a la Termoeléctrica de Rosarito, concretamente en la "desaladora", que tantas esperanzas generó para los bajacalifornianos. En ese entonces el ingeniero suizo rondaba los treinta años y había llegado de manera temporal aceptando una oferta atractiva laboral y económicamente; casado que era decidió fincar su residencia en la ciudad de San Diego; desde ahí realizaba su recorrido diariamente aprovechando la bella vista de la costa bajacaliforniana. María Elena llegó a Tijuana procedente de su natal Ciudad Lerdo, Durango acompañando a la familia que buscó nuevos aires; entonces era una bella quinceañera que encontró pronto trabajo como secretaria en la desaladora de Rosarito.

María Elena y Armando entraron en contacto; ella se enamoró pronto de su jefe, el ingeniero políglota (habla cinco idiomas, me dice la hermana) y él de la bella e inteligente mexicana. El romance duró el tiempo que Armando permaneció en Rosarito. El contrato terminó y tuvo que regresar a su empleo en la Florida, Estados Unidos. Después de 13 años Armando volvió a la planta de Rosarito y con María Elena que lo seguía esperando. Cuando él partió María Elena les dijo a sus hermanas que sólo podría casarse con alguien a imagen y semejanza de Armando, que para ella era el hombre perfecto. La llama del amor fue avivada por un viaje fugaz de fin de semana que emprendieron aprovechando la visita de Armando.

Armando desapareció de nuevo; ahora María Elena nada supo de él por 17 años. Sabía que él tenía dos hijos, se lo dijo en su primer regreso, y que uno de ellos tenía una discapacidad. Ésa fue la verdadera clave para encontrarlo. En el año 2003 María Elena tenía 54 años y Armando debería andar en los 62; ella concluyó su carrera de Licenciatura en Informática; habían pasado 30 años y María Elena guardó fidelidad a su ingeniero políglota. Por eso en marzo de 2002 decidió buscarlo a través de Internet indagando en los sitios de Estados Unidos que atendían a niños con síndrome de Down; el apellido era la clave. Así obtuvo una dirección electrónica a la cual le envió un mensaje. Al otro día su sorpresa sería mayor: Armando contestaba y le pedía confirmara si era su amada. Además, le aclaraba que su esposa había muerto en 1999 de una larga enfermedad, pero que mantenía un nuevo amorío con la persona que se había encargado de cuidarla. Sentía tal compromiso que estaba a punto de acceder a la petición de matrimonio que le formulaba la enfermera.

Se había mudado a la ciudad de San Petesburgo en la Florida, sin embargo, el correo electrónico le daba un vuelco a su vida. En ese momento salía a un viaje de tres meses en su "motor home" pero compraría una "lap top" para mantener una comunicación electrónica constante. En el mes de diciembre Armando regresó a la ciudad de Tijuana para encontrarse con su recién recuperado amor y una vez habiendo confirmado que era su María Elena y que la llama del amor no se había extinguido, regresó a la Florida a finiquitar su compromiso con la enfermera de la esposa.

Diez meses después, en octubre del 2003, María Elena y Armando se unían en matrimonio y partían a fijar su residencia a San Petesburgo; María Elena dejaba su carrera y el empleo para iniciar una vida de jubilados con su amado Armando Swift. Treinta años no fueron suficientes para separar a dos enamorados.

Los prodigios de las nuevas tecnologías.

Victor Alejandro Espinoza es politólogo, secretario general académico de El Colegio de la Frontera Norte.
Correo: victorae@colef.mx